

ETC.
Investigación y reportajes Página/12

VIDEOJUEGOS

Horacio Paone

Los locales de videojuegos se multiplican. En territorios de Ferrocarriles Argentinos los tragamonedas tienen vía libre. En distintas partes de la ciudad funcionan verdaderos garitos electrónicos en los que una sola máquina de apuestas deja más de 1000 australes por día. Extrañamente, la ley prohíbe la explotación de máquinas de azar pero no su importación, venta y fabricación.

EL ESCOLASO ELECTRONICO

Avenida Vélez Sársfield al 5200, Munro, bar El Chamuyo. Parados frente a la barra, dos hombres de mediana edad apuran el último trago de ginebra, y se encaminan lentamente hacia las dos mesitas de juego. En un rincón del pequeño local, se multiplican las apuestas.

–¿Estos quiénes son? –pregunta nervioso uno de los jugadores al advertir la presencia de dos cronistas.

–No sé, pero guardá la guita –responde de inmediato quien hasta ese momento oficiaba de banca.

El juego se detiene hasta que los cronistas deciden emprender la retirada. Entonces, los jugadores se apresuran nuevamente sobre el *Láser Horse*, la máquina de video que, además del visor común con los datos de los caballos participantes, posee un televisor color en el que se pasan filmaciones de verdaderas carreras en un hipódromo llamado Los Alamitos. Las apuestas continúan –por iguales montos que en los hipódromos nacionales– hasta bien entrada la madrugada.

A cuatro cuadras de El Chamuyo, un patrullero detiene los vehículos que transitan el lugar, pide la documentación y, eventualmente, los policías proceden a hacer la correspondiente boleta a quienes cometen alguna irregularidad.

En la Argentina moderna el siete y medio y el pase inglés van dejando su lugar al *Country Girl, Diamond Poker, Dina Derby, Poker 5/1, Golden Poker, Lucky P-Z, Lucky 8 Line, Royal Casino, Winer Circle* y *Láser Horse*, todos ellos videojuegos de azar que se explotan clandestinamente. Para que un juego de video sea considerado de azar –a diferencia de los de habilidad o destreza– necesita reunir tres elementos básicos: una apuesta, un elemento mezclador de azar y una banca que paga el premio indicado.

En la Argentina, el Estado se ha reservado para sí el monopolio de la explotación y autorización de actividades que impliquen juegos de ese tipo. La ley no prohíbe expresamente la importación, venta y fabricación de máquinas de azar, sino que considera delito su explotación y alquiler. No obstante, un importante matutino publica regularmente destacados en los que se ofrece el alquiler y venta de máquinas de azar. Los responsables de Selton S.A., una empresa ubicada en Esnaola al 3600, San Justo, que comercializa carreras de caballos y poker computarizados, admiten: ''Nosotros entregamos los juegos para ser usados con fichas para sacar partidos y no nos responsabilizamos si alguien los usa para realizar apuestas''.

En el ámbito de la Capital Federal, en virtud de la ordenanza 23.560 que data de 1968, están prohibidos no sólo los videojuegos de azar, sino también aquellos de habilidad o destreza, ''cualquiera sea su tipo, denominación y características'', subraya la norma aún vigente, a fin de no dejar lugar a dudas.

Mientras esta norma es desconocida en la práctica, en el Concejo Deliberante existen dos proyectos destinados a autorizar y reglamentar la actividad. Uno de ellos, presentado a fines de 1985 por Julio César Saguier, contempla la explotación *exclusivamente* en locales especiales que reúnan ciertas condiciones, como ser la total visibilidad de lo que ocurre adentro sin necesidad de ingresar.

La otra propuesta fue elaborada por la Cámara Argentina de Fabricantes y/u Operadores de Entretenimientos en Video Juego y Afines (CAFOEVA). Este proyecto permite la explotación de videojuegos en los llamados *circuitos*, es decir en bares, confiterías y pizzerías, sin necesidad de instalar locales destinados especialmente a ese fin, como exigía el proyecto Saguier.

De todos modos, estos proyectos aún no han dejado de ser tales y la norma en vigencia es la que data del tiempo de Onganía y que prohíbe en forma absoluta los videojuegos en la Capital. Pero, transgresión mediante, Buenos Aires está poblada de locales con juegos de video. Uno de los artilugios para burlar la prohibición consiste en instalar estos negocios en estaciones de trenes que, por ser jurisdicción de Ferrocarriles Argentinos, se considera territorio nacional y por lo tanto no le es de aplicación la mencionada ordenanza, que corresponde al ámbito municipal.

A mediados de 1985 la entonces concejala radical Aurora Padula encaró una verdadera cruzada contra este tipo de locales afirmando que existían antecedentes jurisprudenciales por los que el municipio tendría poder de policía también dentro de los predios que ocupa Ferrocarriles. Como resultado de esta campaña se clausuraron algunos locales y los funcionarios de Ferrocarriles negaron nuevas habilitaciones. Los dueños de los locales afectados entraron en el juego leguleyo y consiguieron de los jueces la ansiada orden de ''no innovar'', con lo cual en Retiro, Once y Constitución los videojuegos están a disposición de quien se interese en ellos.

Más curiosa aún es la situación del local situado en Olazábal y Ciudad de la Paz, indiscutido territorio de jurisdicción municipal, cuyos dueños, haciendo gala de un fino sentido del humor exhiben, a modo de trofeo, un cuadro con todas las fajas de clausura que supieron conseguir y superar mediante la interposición de sucesivos recursos de amparo.

En la provincia de Buenos Aires la legislación prohíbe, como en el resto del territorio nacional, la explotación de videojuegos de azar. En cuanto a los de habilidad, la actividad está reglamentada en La Plata, San Fernando, Municipio Urbano de la Costa y Mar del Plata. En Avellaneda y Quilmes, la prohibición es total y expresa, mientras que en Merlo y Lanús los videojuegos fueron autorizados en algunos momentos y finalmente prohibidos.

A pesar de las normas, el territorio provincial cuenta no sólo con videojuegos de destreza, sino con verdaderos garitos como el bar Ban-Ban, situado en Máximo Paz al 500, Lanús, en el que durante el día la máquina con la carrera de caballos del estilo Winner Circle, permanece desenchufada en un rincón del local. A medianoche, bajo aquella norma que reserva a los propietarios el derecho de admisión, el videojuego puede utilizarse sin temor. La cuadra se llena de autos último modelo, el bar recibe a sus habituales clientes nocturnos: dueños de curtiembres, chatarreros y propietarios de frigoríficos. En la puerta un empleado impide el acceso a los desconocidos.

La insistencia en violar las normas que prohíben los videojuegos de azar encuentra una explicación si se considera que una sola máquina de apuestas bien trabajada deja una ganancia de 1000 australes diarios.

HISTORIAS DE AZAR Y DESTREZA

"No vamos a perder en una timba lo que nos costó tantos años, tanta sangre de policías, políticos y de hombres de nuestra sociedad. Acá no hay licencia para delinquir y no la tiene nadie; no hay campañas políticas que puedan bancarse con dinero mal habido. No puede admitirse que estén funcionando garitos en el Gran Buenos Aires", declaró Juan Antonio Portesi, ministro de Gobierno bonaerense el 23 de mayo de 1986 al inaugurar la cátedra del pensamiento libre en la Dirección Nacional de Institutos de la Policía provincial.

Tras este discurso del ministro Portesi, fueron removidos más de cincuenta oficiales en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. El 10 de octubre de 1986 era suspendido por noventa días en sus funciones de intendente de Merlo, el justicialista Leopoldo Suárez. La decisión votada por unanimidad en el Concejo Deliberante se fundamentó en el informe de una comisión especial que luego de haber investigado presuntas irregularidades cometidas por el funcionario, lo acusó de incumplimiento de las normas vigentes para los locales con juegos electrónicos.

La norma en cuestión era la ordenanza 2569 de 1984 mediante la cual sólo se permitía la instalación de 160 máquinas electrónicas a quienes tuvieran la correspondiente tarjeta habilitante. Durante la gestión del intendente justicialista las tragamonedas proliferaron alcanzando el número de 500, hecho al que se sumó la multiplicación de tarjetas y su reparto arbitrario. Cumplidos los tres meses de suspensión Leopoldo Suárez fue destituido y asumió en su reemplazo el concejal Mateo Zanich, antiguo herminista, hoy enrolado en las filas de Menem.

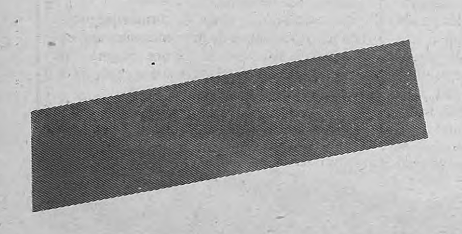
A la suspensión del intendente se agregó la votación de la ordenanza 277 que prohibía a partir del 31 de diciembre de 1986 la instalación de locales de juegos electrónicos. A la manera de trofeo de guerra, la intendencia exhibe en su hall central siete máquinas secuestradas en la clausura de un local de video-juegos realizada en marzo de 1987.

La exhibición del decomiso no sirvió, sin embargo, de escarmiento a los comerciantes con inclinaciones lúdicas: hoy siguen funcionando varios locales gracias al recurso de amparo y la resolución de "no innovar".

La fabricación de las máquinas de azar exige la importación de una serie de insumos: tubos de rayos catódicos en color, programas o plaquetas que hacen las veces de cerebro del juego, y en algunos casos, sofisticadas máquinas de video láser. En este punto la legislación es ambigua: la importación de programas de video –aun los de azar– no está expresamente prohibida por la Aduana ni la Secretaría de Comercio.

Según la nomenclatura arancelaria, punto 97.04, apartado 6°, está permitida la introducción al país de juegos que "por efectos de la suerte o de la habilidad del jugador, distribuyan dinero, fichas de consumición u otros premios". Sin embargo, la diferencia entre juego de azar o de destreza, debe especificarse en el despacho de importación a consumo. Así, los inspectores de aduana están encargados de supervisar que quienes explotan estás máquinas tengan el respectivo despacho de importación donde se detallan las plaquetas de las máquinas con marca, nombre del juego, número de serie y fecha de fabricación.

Pero, en el tema de los video juegos, el control de aduana también resulta fácil de sortear. Quienes han traído plaquetas de contrabando suelen instalar varios locales con igual cantidad de máquinas y un único despacho de importación. Si, por ejemplo, se obtiene un despacho por veinte plaquetas y se instalan cinco locales con veinte máquinas cada uno, ante una eventual situación de inspección, bastará con mostrar en los cinco locales el único despacho por veinte plaquetas.





San Francisco - Los Angeles -

SIN ESCALAS

San Francisco es la ciudad más onírica que conozco en el buen sentido de la palabra, no en el de pesadilla: colinas y colinas cubiertas de edificaciones sea de rascacielos, sea de casas de comienzo de siglo que, con su tejado de sección triangular y su diversidad de colorido –rosa, gris, verde, amarillo, blanco–, parecen salidas de un decorado. Torres y torreones acaso útiles, pero también extravagantes. Tranvías que en realidad, son funiculares y en los que es casi una obligación viajar colgado del estribo, la máxima prohibición de cuando yo era niño. Barcos que parecen integrados en la ciudad. Cuestas empinadas. Largos puentes. Y silencio, los coches, la gente que pasa, un silencio sólo roto por la respiración de los fanáticos del *jogging* y alguna que otra risa suelta. ¿En qué ciudad es posible oír risas en la calle? ¿Una ciudad, así pues, divertida? Por lo menos alegre, ya que el concepto de divertido es siempre muy subjetivo. ¿Una especie de *show*? Todo lo contrario, aunque la ciudad sea en sí misma un espectáculo; San Francisco es algo que hay que tomarse muy en serio. Las ideas, los hábitos que luego se extienden por todo el mundo nacen aquí, quién sabe si debido a que la ciudad se asienta sobre un potencial terremoto. Su carácter irrepetible es producto de la conjunción de dos factores: el trabajo (estudio, investigación, agricultura, industria de punta, pesca, etcétera) y el arte de saber vivir. De ahí que su forma de vida se modifique constantemente y que de cada una de esas modificaciones nazca una nueva moda, igual que nace cualquier otra clase de invento.

Vuelvo al restaurante de la noche anterior. La carne, tanto la de vacuno como la de cordero, es aquí casi tan buena como la de Australia, lo mismo que las ostras. Los vinos, al menos los blancos, son, creo yo, mejores; como promedio, el llamado *vino de la casa* es incluso superior al europeo, al que sirven en Francia y España, por no hablar ya de Italia. Como en Estados Unidos es prácticamente imposible fumar un cigarro en público, regreso a mi hotel y me entretengo echando un vistazo a la guía telefónica. Cuento unos 500 García, 70 Vargas y 40 Cabrera. Ningún Goytisolo, ni Goyti o Goiti. Mi segundo apellido, Gay, está, en cambio, mejor representado, desde Alexandra a Victoria o William, pasando por Gay Games, Gay Line, Gay Communities Directory, Gay Travel Network, Gay Switchboard and Counseling, Gay-Lesbian Bisexual Synagogue, Gay-Lesbian Freedom, Gay American Indians, Gay Smoke Stop Center, etcétera. ¿Significa eso que San Francisco es una ciudad más *alegre* que otras también en ese sentido? No tengo esa impresión. Lo que sucede es que es una ciudad muy organizada y el mundo *gay* está, en consecuencia, muy organizado. La permisividad es la norma en todo o en casi todo. No lo es, por ejemplo, en lo que se refiere al tabaco. Los escaparates nos ofrecen toda clase de cigarrillos, cigarros y tabaco de pipa, pero luego lo difícil es dar con un sitio donde p[…] fumar. Especialmente, un cigarro puro q[…] lo único que fumo. El puro, aquí, es cos[…] millonarios, que, para no ser localizados[…] man a escondidas; o de negros, que tienen[…] nos prejuicios. Seguro que Freud tendría[…] que decir respecto a esa fobia local hac[…] cigarro puro.

El principal recuerdo de la presencia esp[…] la en San Francisco es el Presidio *–presid*[…] su acepción militar: fuerte, guarnición–[…] parque próximo al Golden Gate, en el que[…] se halla emplazado un cuartel general del […] cito norteamericano. Y es que en el siglo X[…]



HISTORIAS DE AZAR Y DESTREZA

"No vamos a perder en una timba lo que nos costó tantos años, tanta sangre de policías, políticos y de hombres de nuestra sociedad. Acá no hay licencia para delinquir y no la tiene nadie; no hay campañas políticas que puedan bancarse con dinero mal habido. No puede admitirse que estén funcionando garitos en el Gran Buenos Aires'', declaró Juan Antonio Portesi, ministro de Gobierno bonaerense el 23 de mayo de 1986 al inaugurar la cátedra del pensamiento libre en la Dirección Nacional de Institutos de la Policía provincial.

Tras este discurso del ministro Portesi, fueron removidos más de cincuenta oficiales en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. El 10 de octubre de 1986 era suspendido por noventa días en sus funciones de intendente de Merlo, el justicialista Leopoldo Suárez. La decisión votada por unanimidad en el Concejo Deliberante se fundamentó en el informe de una comisión especial que luego de haber investigado presuntas irregularidades cometidas por el funcionario, lo acusó de incumplimiento de las normas vigentes para los locales con juegos electrónicos.

La norma en cuestión era la ordenanza 2569 de 1984 mediante la cual sólo se permitía la instalación de 160 máquinas electrónicas a quienes tuvieran la correspondiente tarjeta habilitante. Durante la gestión del intendente justicialista las tragamonedas proliferaron alcanzando el número de 500, hecho al que se sumó la multiplicación de tarjetas y su reparto arbitrario. Cumplidos los tres meses de suspensión Leopoldo Suárez fue destituido y asumió en su reemplazo el concejal Mateo Zanich, antiguo herminista, hoy enrolado en las filas de Menem.

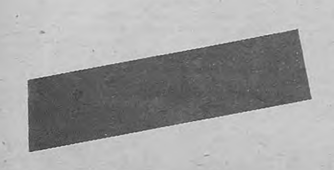
A la suspensión del intendente se agregó la votación de la ordenanza 277 que prohibía a partir del 31 de diciembre de 1986 la instalación de locales de juegos electrónicos. A la manera de trofeo de guerra, la intendencia exhibe en su hall central siete máquinas secuestradas en la clausura de un local de video-juegos realizada en marzo de 1987.

La exhibición del decomiso no sirvió, sin embargo, de escarmiento a los comerciantes con inclinaciones lúdicas: hoy siguen funcionando varios locales gracias al recurso de amparo y la resolución de ''no innovar''.

La fabricación de las máquinas de azar exige la importación de una serie de insumos: tubos de rayos catódicos en color, programas o plaquetas que hacen las veces de cerebro del juego, y en algunos casos, sofisticadas máquinas de video láser. En este punto la legislación es ambigua: la importación de programas de video –aun los de azar– no está expresamente prohibida por la Aduana ni la Secretaría de Comercio.

Según la nomenclatura arancelaria, punto 97.04, apartado 6°, está permitida la introducción al país de juegos que ''por efectos de la suerte o de la habilidad del jugador, distribuyan dinero, fichas de consumición u otros premios''. Sin embargo, la diferencia entre juego de azar o de destreza, debe especificarse en el despacho de importación a consumo. Así, los inspectores de aduana están encargados de supervisar que quienes explotan estás máquinas tengan el respectivo despacho de importación donde se detallan las plaquetas de las máquinas con marca, nombre del juego, número de serie y fecha de fabricación.

Pero, en el tema de los video juegos, el control de aduana también resulta fácil de sortear. Quienes han traído plaquetas de contrabando suelen instalar varios locales con igual cantidad de máquinas y un único despacho de importación. Si, por ejemplo, se obtiene un despacho por veinte plaquetas y se instalan cinco locales con veinte máquinas cada uno, ante una eventual situación de inspección, bastará con mostrar en los cinco locales el único despacho por veinte plaquetas.



Texto: Luis Goytisolo
Fotos: Guillermo Loiácono



San Francisco - Los Angeles - Miami

SIN ESCALAS

San Francisco es la ciudad más onírica que conozco en el buen sentido de la palabra, no en el de pesadilla: colinas y colinas cubiertas de edificaciones sea de rascacielos, sea de casas de comienzo de siglo que, con su tejado de sección triangular y su diversidad de colorido –rosa, gris, verde, amarillo, blanco–, parecen salidas de un decorado. Torres y torreones acaso útiles, pero también extravagantes. Tranvías que en realidad, son funiculares y en los que es casi una obligación viajar colgado del estribo, la máxima prohibición de cuando yo era niño. Barcos que parecen integrados en la ciudad. Cuestas empinadas. Largos puentes. Y silencio, los coches, la gente que pasa, un silencio sólo roto por la respiración de los fanáticos del *jogging* y alguna que otra risa suelta. ¿En qué ciudad es posible oír risas en la calle? ¿Una ciudad, así pues, divertida? Por lo menos alegre, ya que el concepto de divertido es siempre muy subjetivo. ¿Una especie de *show*? Todo lo contrario, aunque la ciudad sea en sí misma un espectáculo; San Francisco es algo que hay que tomarse muy en serio. Las ideas, los hábitos que luego se extienden por todo el mundo nacen aquí, quién sabe si debido a que la ciudad se asienta sobre un potencial terremoto. Su carácter irrepetible es producto de la conjunción de dos factores: el trabajo (estudio, investigación, agricultura, industria de punta, pesca, etcétera) y el arte de saber vivir. De ahí que su forma de vida se modifique constantemente y que de cada una de esas modificaciones nazca una nueva moda, igual que nace cualquier otra clase de invento.

Vuelvo al restaurante de la noche anterior. La carne, tanto la de vacuno como la de cordero, es aquí casi tan buena como la de Australia, lo mismo que las ostras. Los vinos, al menos los blancos, son, creo yo, mejores; como promedio, el llamado *vino de la casa* es incluso superior al europeo, al que sirven en Francia y España, por no hablar ya de Italia. Como en Estados Unidos es prácticamente imposible fumar un cigarro en público, regreso a mi hotel y me entretengo echando un vistazo a la guía telefónica. Cuento unos 500 García, 70 Vargas y 40 Cabrera. Ningún Goytisolo, ni Goyti o Goiti. Mi segundo apellido, Gay, está, en cambio, mejor representado, desde Alexandra a Victoria o William, pasando por Gay Games, Gay Line, Gay Communities Directory, Gay Travel Network, Gay Switchboard and Counseling, Gay-Lesbian Bisexual Synagogue, Gay-Lesbian Freedom, Gay American Indians, Gay Smoke Stop Center, etcétera. ¿Significa eso que San Francisco es una ciudad más *alegre* que otras también en ese sentido? No tengo esa impresión. Lo que sucede es que es una ciudad muy organizada y el mundo *gay* está, en consecuencia, muy organizado. La permisividad es la norma en todo o en casi todo. No lo es, por ejemplo, en lo que se refiere al tabaco. Los escaparates nos ofrecen toda clase de cigarrillos, cigarros y tabaco de pipa, pero luego lo difícil es dar con un sitio donde poder fumar. Especialmente, un cigarro puro que es lo único que fumo. El puro, aquí, es cosa de millonarios, que, para no ser localizados, fuman a escondidas; o de negros, que tienen menos prejuicios. Seguro que Freud tendría algo que decir respecto a esa fobia local hacia el cigarro puro.

El principal recuerdo de la presencia española en San Francisco es el Presidio –*presidio* en su acepción militar: fuerte, guarnición–, un parque próximo al Golden Gate, en el que hoy se halla emplazado un cuartel general del Ejército norteamericano. Y es que en el siglo XVIII la capital de la Alta California estaba en Monterrey; San Francisco era entonces una simple base militar, un equivalente a lo que hoy es Rota, en España, sólo que a la inversa. Una base destinada tanto a defender la costa californiana como a cubrir las escalas americanas del galeón de Manila. Una ensenada profunda y estratégicamente situada, el tipo de base, en definitiva, que los españoles buscaban desde hacía 200 años, cuando Rodríguez Cabrillo exploró el litoral de la Baja California hasta que el escorbuto le hizo desistir en las proximidades de Santa Bárbara. Ni él, ni los navegantes que prosiguieron sus exploraciones hacia el Norte, acertaron a dar con parajes de mayor atractivo, y no tiene nada de extraño que Gaspar de Portolá llegase a considerar seriamente las ofertas de los comerciantes rusos interesados en la compra de aquellos territorios. Hay que tener en cuenta que si la belleza salvaje del interior de California –desiertos y montañas, el Valle de la Muerte, los bosques de sequoias gigantes– es más apreciada hoy día como atracción turística de lo que podía serlo entonces; el litoral, por su parte, inhóspito, desabrido, resultaba, sin duda, más adecuado a los gustos de las ballenas que a los del hombre. La transformación de aquellas tierras áridas en verdaderos vergeles se inició bajo las directrices de fray Junípero Serra, para cuyo espíritu pragmático la salvación de las almas de los indios corría pareja con su iniciación en las más diversas técnicas agrícolas y artesanas, empezando por la traída y extracción de agua dulce. Y así, siguiendo su iniciativa, fueron construidas 21 misiones entre San Diego y Sonoma, al norte de San Francisco, emplazadas a distancias regulares unas de otras y provistas, muchas de ellas, del correspondiente presidio. Fue después de la independencia de las colonias españolas no insulares en América, cuando los mexicanos, enzarzados en constantes luchas familiares y más interesados en la ganadería que en la agricultura y más en los caballos que en los indios, acabaron con las actividades económicas propias de este tipo de asentamientos, verdadera prefiguración de la California actual. El desastre no afectó únicamente a California; la imagen de una misión ruinosa en medio de un desierto, frecuente en otros puntos del sur de Estados Unidos, es menos extravagante de lo que ahora pueda parecer: en su día, estuvieron enclavadas en pequeños oasis. Pero en California, por sus especiales condiciones, tuvo efectos más llamativos; de no ser por eso, el panorama que unas décadas más tarde hubieran encontrado a su llegada los emigrantes angloparlantes venidos en carreta hubiera sido muy distinto. Con todo, aún hoy día, en contraste con los viñedos y las plantaciones de naranjos, manzanos y toda clase de frutales, el relieve de la costa se nos ofrece incomprensiblemente pelado; algún tipo de árbol debiera darse, y de hecho se da en puntos aislados.



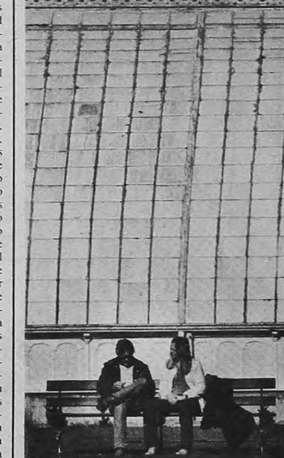
Me gusta el cine, me interesa el cine, pero, como no soy fetichista, del mismo modo que no me siento conmovido por el manuscrito de una obra famosa o por la casa en la que vivió determinado escritor, no tiene por qué gustarme Hollywood ni Berverly Hills, ni Los Ángeles ¿Meca del cine? Un tópico que hay que aceptar en su sentido más literal, como bien lo atestiguan los muchos directores de cine, principalmente europeos, que, secos de ideas, peregrinan hasta aquí con la esperanza de que una cura de aguas en el Pacífico propicie la recuperación de un talento para ellos inexplicablemente perdido. Su intento suele ser infructuoso, a diferencia de lo que sucede con técnicos y actores, especialmente si son británicos. Porque el secreto reside no sólo en el talento o la falta de talento, sino en el hecho de que, hoy más que nunca, Los Ángeles es la capital del mundo del cine y de las artes audiovisuales derivadas y afines, como San Francisco es la capital del mundo en lo que se refiere a modas y comportamiento, y un director de cine de cualquier otro lugar enfrentado a semejante máquina, no tardará en sentirse como lo que realmente es: un provinciano perdido en la gran capital. En última instancia, un problema de lenguaje, un lenguaje cuyos signos más llamativos giran inevitablemente en torno a la sexualidad. Si San Francisco, en el lenguaje de los astrólogos, se halla regido por el cerebro, Los Ángeles está, sin duda, regido por el sexo. La primera imagen que me ofreció nada más salir del avión, a modo de recibimiento, no podía ser más expresiva: un escote de espalda que terminaba en una generosísima entrenalga. Pero este tipo de rasgos de la vida ciudadana, en principio estimulantes, sólo se manifiestan en recintos cerrados, ausentes por completo de esas calles desiertas, que son, en sí mismas, no menos que la droga, un importante factor de delincuencia. Una inseguridad de lo más palpable que no se percibe, por mucho que la televisión insista, en las calles de San Francisco.

Llegamos al mostrador correspondiente a mi vuelo a la carrera, cuando, según me advirtieron, los pasajeros ya estaban embarcando. Con las prisas, mi gabardina quedó sobre el mostrador de la Eastern.

El sobrecargo acude a decirme que mi gabardina ha sido localizada y que la recibiré en un plazo máximo de 24 horas, siempre que, al llegar a Miami, notifique a la compañía en qué hotel voy a estar alojado. Mi vecino de asiento me recomienda que, tratándose del Hilton, puntualice exactamente a cuál voy, ya que en Miami hay varios. Le agradezco la sugerencia y, casi por decir algo, le pregunto si es de Miami. Menea la cabeza: no, es de Haití, aunque normalmente vive en Perú. No me extrañaría que se me hubiera notado sorprendido. ¿De Haití un tipo rubio y de ojos azules que probablemente tiene más años de los que quiere aparentar? Le comento, en francés, que se mueve entre dos países más bien conflictivos. Me pregunta, en inglés, si soy francés y, al saber que soy español, me sigue hablando en español con entonación vagamente sudamericana y fuerte acento norteamericano. Vaya: un hatiano rubio, de ojos azules, que no parece hablar francés. Me está contando que sí, que en Perú las cosas están mal, pero que eso no quiere decir que no se pueda ganar dinero. Lo peor es la burocracia: ahora mismo necesita dos *carros* todo terreno, y no puedo imaginarme el papeleo que eso supone. En Haití hace muchos años que no ha estado, pero las cosas tienen que ir mal por fuerza, porque los *negritos* son muy gandules. No son malos, a diferencia de los de Jamaica; ellos ya mataron a todos los blancos hace muchos años, y por eso ahora están tranquilos. Lo que son es holgazanes. Aquí, en cambio, cuando llegan, rinden mucho más. Yo aquí he dado empleo a *negritos*, y puedo asegurar que son muy trabajadores, dice. ¡Y muy honestos!, añade casi encolerizado, como si yo le estuviera llevando la contraria. Arremete contra los *liberales*, a los que echa la culpa de todos los males de Estados Unidos, en un tono muy similar, en la práctica, al que adopta la prensa más ortodoxa de los países comunistas cuando ataca también a los *elementos liberales*. La gente no está preparada, y ellos no parecen saberlo, dice. Le pregunto, no sé bien por qué, si es partidario del despotismo ilustrado, de aquel lema de Federico II dePrusia: todo para el pueblo, pero sin el pueblo. ¿Y por qué todo para el pueblo?, chilla. ¡El dinero es para aquel que sabe ganárselo! Es evidente que en su vida no ha oído hablar del despotismo ilustrado, ni de Federico II, ni de Prusia. En cambio, conoce mucho mundo: Hong Kong, Extremo Oriente, todo el Caribe, los países andinos. Súbitamente receloso, como si temiera haber hablado demasiado, me pregunta a qué me dedico. Me limito a contarle lo que estoy haciendo en el presente. Bien, pues resulta que también conoce Madrid, y *El País*. Leeré sus artículos, dice apuntándome con un dedo admonitivo. A continuación, mientras volamos sobre las Montañas Rocosas, descabeza un sueño y ya en Miami sencillamente desaparece.

De hecho, mi encuentro con ese haitiano rubio y de ojos azules que no habla francés, ha supuesto la mejor de las introducciones respecto a una ciudad con tantas conchas como Miami, verdadero *melting pot* en constante efervescencia de los elementos sociales, culturales, políticos y económicos más diversos. Una ciudad, por otra parte, cuyo principal objetivo, o mejor, cuya principal obsesión, responde a un enunciado bien simple: emular a Los Angeles. ¿Es eso nocivo? Sólo en la medida en que el acicate sea susceptible de convertirse en dependencia. Sobre todo, porque a Los Angeles, en cambio, no le preocupa Miami, del mismo modo que a San Francisco tampoco le preocupa Los Angeles. Y hay ámbitos –el mundo del cine y los audiovisuales– en los que ninguna ciudad puede, hoy por hoy, emular a Los Angeles. Por lo demás, en Miami hay mucho dinero, y con dinero todo resulta más fácil. Y no me refiero ya a Disneyworld, réplica mejorada, al parecer, del modelo californiano, sino al propio desarrollo urbano y cultural de la ciudad. ¿Son esos los mejores arquitectos del mundo? Pues que construyan aquí. Y lo mismo puede decirse de las colecciones de arte, de la Universidad, de la investigación. Miami es una ciudad dinámica, además de rica, y es ese dinamismo esencialmente caribeño lo que le da la personalidad que le es propia, al margen de cualquier modelo que se proponga. ¿Por qué ha de proponerse otro modelo? Miami está gobernada por cubanos, miembros de la minoría más numerosa y aventajada de cuantas allí coexisten –colombianos, portorriqueños, haitianos, jamaiquinos, etcétera–, y eso sí que le da derecho, cuando menos, a la capitalidad cultural de los norteamericanos de origen hispano, es decir, de los ciudadanos que, perfectamente integrados en la sociedad norteamericana, consideran ventajoso conservar, además, su lengua española y su cultura hispánica. Una influencia, en suma, que sobrepasa con mucho los límites de Little Habana, el barrio de los exiliados cubanos, al que, a semejanza de China Town, en San Francisco, se accede sin solución de continuidad desde cualquier punto de la ciudad. Las calles de Miami, no obstante, no son como las de San Francisco, sino como las de Los Angeles, esto es, calles pensadas en función de los coches, por las que no hay forma de circular si no es en coche. Eso significa que pasear a pie puede ser peligroso incluso de día, y que, al igual que en Los Angeles, el placer sexual, siempre tan asociado al goce de vivir y al dinero, se ve muy limitado en sus manifestaciones. Tanto más cuanto que la delincuencia derivada de la droga aporta el grado de inseguridad añadido a la aventura de caminar por una calle sin transeúntes. El mayor número de bajas ocasionadas por la droga se produjo, no obstante, entre los propios traficantes hará unos tres o cuatro años, cuando la *mafia* tradicional decidió cerrar el paso a los colombianos; hubo muchos asesinatos por ambas partes, pero los colombianos, más expeditivos, aparentemente terminaron ganando. Desde entonces, una policía fundamentalmente en manos de cubanos, que conocen bien a los colombianos, ha ido haciéndose, en lo que cabe, con el control de la situación. Tomando un baño en Miami Beach uno se pregunta hasta qué punto ese declive de la tradicional mafia italiana no encuentra aquí su reflejo, ya que, mientras Miami no para de crecer, a lo largo de los kilómetros y kilómetros de esta playa, creación directa de la *mafia* de Chicago en los años veinte, hay gran cantidad de apartamentos en venta, muchos de ellos por estrenar y a precios que, comparativamente, nada tienen de excesivo.

El principal testimonio de la presencia española en Florida se encuentra muy al norte de Miami, en St. Augustine, probablemente la ciudad más antigua de Estados Unidos. Como en California, sus monumentos más importantes son una iglesia y un fuerte, esto es, una misión y un presidio. Pero, considerada en su conjunto, la península de Florida establece el límite, en la costa del Atlántico, entre el área de influencia colonial española y el área de influencia colonial británica. En líneas generales, hay dos modelos de colonialismo. Al primero de ellos, el fenicio, se ajustó por ejemplo, el colonialismo portugués, heredero directo de las actividades comerciales y expediciones marítimas de los estados italianos en la baja Edad Media. A ese modelo, esencialmente mercantilista, pertenecen también el colonialismo holandés y el francés, por no hablar ya del belga. El segundo modelo es el romano, cuyos rasgos son apreciables tanto en el colonialismo español como, siglos después, en el británico. El interés económico, por supuesto que existe, pero su característica verdaderamente distintiva reside en la expansión territorial y cuanto esa expansión supone, una lengua, una cultura y una religión. Por raro y hasta cínico que suene a los sensibilizados oídos del hombre de hoy, se trata de dos formas de colonialismo que pretendieron, entre otras cosas, imponerse por el bien de los propios colonizados y aunque fuera contra su voluntad, un principio que, a mi entender, ni siquiera pierde validez en el caso de la India. Estados Unidos, en la actualidad, tiene tan poco que ver con el Reino Unido como Latinoamérica con España, sólo el vínculo del idioma se mantiene. Pero los descendientes de unos y otros vuelven a encontrarse en esa sociedad multirracial en que se ha convertido Estados Unidos, especialmente en los estados que antaño fueron colonias españolas y que si entonces parecían ser los menos aptos para la vida del hombre –desiertos y pantanos–, los cambios introducidos por el desarrollo en las formas de vida han transformado en los más apetecidos. Guiado por mi primo Agustín, nacido en Cuba y de nacionalidad norteamericana, tengo ocasión de comprobar en los locales de la HBS, una emisora privada de televisión, algunos aspectos de esa nueva realidad bilingüe: todos los que ahí trabajan, norteamericanos de la primera generación, se expresan indistintamente en inglés y español, un dominio que no les proporciona más que ventajas y que hasta la fecha no se había dado entre los descendientes de emigrantes de otras procedencias, que, o se integraban, o se recluían en su *China Town*. Su comportamiento, abierto, activo, eficaz, me hace pensar en el de los pocos chicanos que he conocido en California, también norteamericanos de la primer generación; a su actitud ante la vida, la más opuesta que cabe imaginar al mundo de la *mordida*. Hoy, la eterna primera pregunta que un norteamericano dirige a otro cuando se encuentran en cualquier rincón de este inmenso país –*¿de dónde eres?*– carece casi de sentido, ¿qué importa ya?



En el aeropuerto de Miami, en compañía del primo Agustín, última tentativa de esclarecer lo sucedido con mi gabardina. Luego, última copa. Agustín me acompaña hasta la misma puerta de embarque. El aspecto general del pasaje es sensiblemente distinto al que predominaba en los vuelos precedentes. Eso sí: sentado un par de filas adelante, un comerciante hindú, con su esposa. No se ven, en cambio, japoneses; Miami les queda demasiado lejos para que vengan aquí como no sea en viaje de negocios. Tendré que llegar a Madrid para encontrármelos otra vez en grupo.



Miami

Texto: Luis Goytisolo
Fotos: Guillermo Loiácono

la capital de la Alta California estaba en Monterrey; San Francisco era entonces una simple base militar, un equivalente a lo que hoy es Rota, en España, sólo que a la inversa. Una base destinada tanto a defender la costa californiana como a cubrir las escalas americanas del galeón de Manila. Una ensenada profunda y estratégicamente situada, el tipo de base, en definitiva, que los españoles buscaban desde hacía 200 años, cuando Rodríguez Cabrillo exploró el litoral de la Baja California hasta que el escorbuto le hizo desistir en las proximidades de Santa Bárbara. Ni él, ni los navegantes que prosiguieron sus exploraciones hacia el Norte, acertaron a dar con parajes de mayor atractivo, y no tiene nada de extraño que Gaspar de Portolá llegase a considerar seriamente las ofertas de los comerciantes rusos interesados en la compra de aquellos territorios. Hay que tener en cuenta que si la belleza salvaje del interior de California –desiertos y montañas, el Valle de la Muerte, los bosques de sequoias gigantes– es más apreciada hoy día como atracción turística de lo que podía serlo entonces; el litoral, por su parte, inhóspito, desabrido, resultaba, sin duda, más adecuado a los gustos de las ballenas que a los del hombre. La transformación de aquellas tierras áridas en verdaderos vergeles se inició bajo las directrices de fray Junípero Serra, para cuyo espíritu pragmático la salvación de las almas de los indios corría pareja con su iniciación en las más diversas técnicas agrícolas y artesanas, empezando por la traída y extracción de agua dulce. Y así, siguiendo su iniciativa, fueron construidas 21 misiones entre San Diego y Sonoma, al norte de San Francisco, emplazadas a distancias regulares unas de otras y provistas, muchas de ellas, del correspondiente presidio. Fue después de la independencia de las colonias españolas no insulares en América, cuando los mexicanos, enzarzados en constantes luchas familiares y más interesados en la ganadería que en la agricultura y más en los caballos que en los indios, acabaron con las actividades económicas propias de este tipo de asentamientos, verdadera prefiguración de la California actual. El desastre no afectó únicamente a California; la imagen de una misión ruinosa en medio de un desierto, frecuente en otros puntos del sur de Estados Unidos, es menos extravagante de lo que ahora pueda parecer: en su día, estuvieron enclavadas en pequeños oasis. Pero en California, por sus especiales condiciones, tuvo efectos más llamativos; de no ser por eso, el panorama que unas décadas más tarde hubieran encontrado a su llegada los emigrantes angloparlantes venidos en carreta hubiera sido muy distinto. Con todo, aún hoy día, en contraste con los viñedos y las plantaciones de naranjos, manzanos y toda clase de frutales, el relieve de la costa se nos ofrece incomprensiblemente pelado; algún tipo de árbol debiera darse, y de hecho se da en puntos aislados.

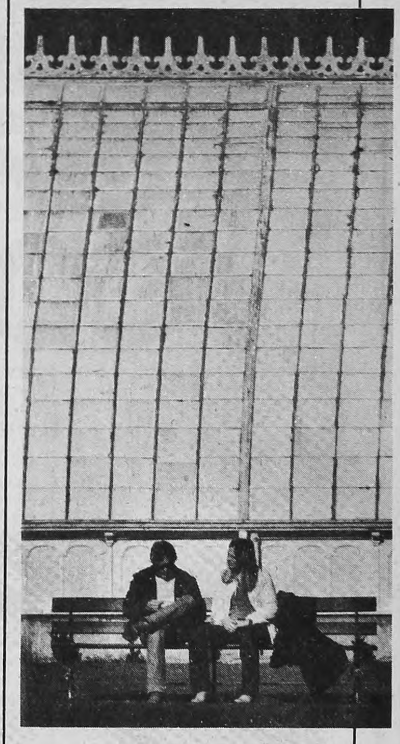
Me gusta el cine, me interesa el cine, pero, como no soy fetichista, del mismo modo que no me siento conmovido por el manuscrito de una obra famosa o por la casa en la que vivió determinado escritor, no tiene por qué gustarme Hollywood ni Berverly Hills, ni Los Ángeles ¿Meca del cine? Un tópico que hay que aceptar en su sentido más literal, como bien lo atestiguan los muchos directores de cine, principalmente europeos, que, secos de ideas, peregrinan hasta aquí con la esperanza de que una cura de aguas en el Pacífico propicie la recuperación de un talento para ellos inexplicablemente perdido. Su intento suele ser infructuoso, a diferencia de lo que sucede con técnicos y actores, especialmente si son británicos. Porque el secreto reside no sólo en el talento o la falta de talento, sino en el hecho de que, hoy más que nunca, Los Ángeles es la capital del mundo del cine y de las artes audiovisuales derivadas y afines, como San Francisco es la capital del mundo en lo que se refiere a modas y comportamiento, y un director de cine de cualquier otro lugar enfrentado a semejante máquina, no tardará en sentirse como lo que realmente es: un provinciano perdido en la gran capital. En última instancia, un problema de lenguaje, un lenguaje cuyos signos más llamativos giran inevitablemente en torno a la sexualidad. Si San Francisco, en el lenguaje de los astrólogos, se halla regido por el cerebro, Los Ángeles está, sin duda, regido por el sexo. La primera imagen que me ofreció nada más salir del avión, a modo de recibimiento, no podía ser más expresiva: un escote de espalda que terminaba en una generosísima entrenalga. Pero este tipo de rasgos de la vida ciudadana, en principio estimulantes, sólo se manifiestan en recintos cerrados, ausentes por completo de esas calles desiertas, que son, en sí mismas, no menos que la droga, un importante factor de delincuencia. Una inseguridad de lo más palpable que no se percibe, por mucho que la televisión insista, en las calles de San Francisco.

Llegamos al mostrador correspondiente a mi vuelo a la carrera, cuando, según me advirtieron, los pasajeros ya estaban embarcando. Con las prisas, mi gabardina quedó sobre el mostrador de la Eastern.

El sobrecargo acude a decirme que mi gabardina ha sido localizada y que la recibiré en un plazo máximo de 24 horas, siempre que, al llegar a Miami, notifique a la compañía en qué hotel voy a estar alojado. Mi vecino de asiento me recomienda que, tratándose del Hilton, puntualice exactamente a cuál voy, ya que en Miami hay varios. Le agradezco la sugerencia y, casi por decir algo, le pregunto si es de Miami. Menea la cabeza: no, es de Haití, aunque normalmente vive en Perú. No me extrañaría que se me hubiera notado sorprendido. ¿De Haití un tipo rubio y de ojos azules que probablemente tiene más años de los que quiere aparentar? Le comento, en francés, que se mueve entre dos países más bien conflictivos. Me pregunta, en inglés, si soy francés y, al saber que soy español, me sigue hablando en español con entonación vagamente sudamericana y fuerte acento norteamericano. Vaya: un hatiano rubio, de ojos azules, que no parece hablar francés. Me está contando que sí, que en Perú las cosas están mal, pero que eso no quiere decir que no se pueda ganar dinero. Lo peor es la burocracia: ahora mismo necesita dos *carros* todo terreno, y no puedo imaginarme el papeleo que eso supone. En Haití hace muchos años que no ha estado, pero las cosas tienen que ir mal por fuerza, porque los *negritos* son muy gandules. No son malos, a diferencia de los de Jamaica; ellos ya mataron a todos los blancos hace muchos años, y por eso ahora están tranquilos. Lo que son es holgazanes. Aquí, en cambio, cuando llegan, rinden mucho más. Yo aquí he dado empleo a *negritos*, y puedo asegurar que son muy trabajadores, dice. ¡Y muy honestos!, añade casi encolerizado, como si yo le estuviera llevando la contraria. Arremete contra los *liberales*, a los que echa la culpa de todos los males de Estados Unidos, en un tono muy similar, en la práctica, al que adopta la prensa más ortodoxa de los países comunistas cuando ataca también a los *elementos liberales*. La gente no está preparada, y ellos no parecen saberlo, dice. Le pregunto, no sé bien por qué, si es partidario del despotismo ilustrado, de aquel lema de Federico II dePrusia: todo para el pueblo, pero sin el pueblo. ¿Y por qué todo para el pueblo?, chilla. ¡El dinero es para aquel que sabe ganárselo! Es evidente que en su vida no ha oído hablar del despotismo ilustrado, ni de Federico II, ni de Prusia. En cambio, conoce mucho mundo: Hong Kong, Extremo Oriente, todo el Caribe, los países andinos. Súbitamente receloso, como si temiera haber hablado demasiado, me pregunta a qué me dedico. Me limito a contarle lo que estoy haciendo en el presente. Bien, pues resulta que también conoce Madrid, y *El País*. Leeré sus artículos, dice apuntándome con un dedo admonitivo. A continuación, mientras volamos sobre las Montañas Rocosas, descabeza un sueño y ya en Miami sencillamente desaparece.

De hecho, mi encuentro con ese haitiano rubio y de ojos azules que no habla francés, ha supuesto la mejor de las introducciones respecto a una ciudad con tantas conchas como Miami, verdadero *melting pot* en constante efervescencia de los elementos sociales, culturales, políticos y económicos más diversos. Una ciudad, por otra parte, cuyo principal objetivo, o mejor, cuya principal obsesión, responde a un enunciado bien simple: emular a Los Angeles. ¿Es eso nocivo? Sólo en la medida en que el acicate sea susceptible de convertirse en dependencia. Sobre todo, porque a Los Angeles, en cambio, no le preocupa Miami, del mismo modo que a San Francisco tampoco le preocupa Los Angeles. Y hay ámbitos –el mundo del cine y los audiovisuales– en los que ninguna ciudad puede, hoy por hoy, emular a Los Angeles. Por lo demás, en Miami hay mucho dinero, y con dinero todo resulta más fácil. Y no me refiero ya a Disneyworld, réplica mejorada, al parecer, del modelo californiano, sino al propio desarrollo urbano y cultural de la ciudad. ¿Son esos los mejores arquitectos del mundo? Pues que construyan aquí. Y lo mismo puede decirse de las colecciones de arte, de la Universidad, de la investigación. Miami es una ciudad dinámica, además de rica, y es ese dinamismo esencialmente caribeño lo que le da la personalidad que le es propia, al margen de cualquier modelo que se proponga. ¿Por qué ha de proponerse otro modelo? Miami está gobernada por cubanos, miembros de la minoría más numerosa y aventajada de cuantas allí coexisten –colombianos, portorriqueños, haitianos, jamaiquinos, etcétera–, y eso sí que le da derecho, cuando menos, a la capitalidad cultural de los norteamericanos de origen hispano, es decir, de los ciudadanos que, perfectamente integrados en la sociedad norteamericana, consideran ventajoso conservar, además, su lengua española y su cultura hispánica. Una influencia, en suma, que sobrepasa con mucho los límites de Little Habana, el barrio de los exiliados cubanos, al que, a semejanza de China Town, en San Francisco, se accede sin solución de continuidad desde cualquier punto de la ciudad. Las calles de Miami, no obstante, no son como las de San Francisco, sino como las de Los Angeles, esto es, calles pensadas en función de los coches, por las que no hay forma de circular si no es en coche. Eso significa que pasear a pie puede ser peligroso incluso de día, y que, al igual que en Los Angeles, el placer sexual, siempre tan asociado al goce de vivir y al dinero, se ve muy limitado en sus manifestaciones. Tanto más cuanto que la delincuencia derivada de la droga aporta el grado de inseguridad añadido a la aventura de caminar por una calle sin transeúntes. El mayor número de bajas ocasionadas por la droga se produjo, no obstante, entre los propios traficantes hará unos tres o cuatro años, cuando la *mafia* tradicional decidió cerrar el paso a los colombianos; hubo muchos asesinatos por ambas partes, pero los colombianos, más expeditivos, aparentemente terminaron ganando. Desde entonces, una policía fundamentalmente en manos de cubanos, que conocen bien a los colombianos, ha ido haciéndose, en lo que cabe, con el control de la situación. Tomando un baño en Miami Beach uno se pregunta hasta qué punto ese declive de la tradicional mafia italiana no encuentra aquí su reflejo, ya que, mientras Miami no para de crecer, a lo largo de los kilómetros y kilómetros de esta playa, creación directa de la *mafia* de Chicago en los años veinte, hay gran cantidad de apartamentos en venta, muchos de ellos por estrenar y a precios que, comparativamente, nada tienen de excesivo.

El principal testimonio de la presencia española en Florida se encuentra muy al norte de Miami, en St. Augustine, probablemente la ciudad más antigua de Estados Unidos. Como en California, sus monumentos más importantes son una iglesia y un fuerte, esto es, una misión y un presidio. Pero, considerada en su conjunto, la península de Florida establece el límite, en la costa del Atlántico, entre el área de influencia colonial española y el área de influencia colonial británica. En líneas generales, hay dos modelos de colonialismo. Al primero de ellos, el fenicio, se ajustó por ejemplo, el colonialismo portugués, heredero directo de las actividades comerciales y expediciones marítimas de los estados italianos en la baja Edad Media. A ese modelo, esencialmente mercantilista, pertenecen también el colonialismo holandés y el francés, por no hablar ya del belga. El segundo modelo es el romano, cuyos rasgos son apreciables tanto en el colonialismo español como, siglos después, en el británico. El interés económico, por supuesto que existe, pero su característica verdaderamente distintiva reside en la expansión territorial y cuanto esa expansión supone, una lengua, una cultura y una religión. Por raro y hasta cínico que suene a los sensibilizados oídos del hombre de hoy, se trata de dos formas de colonialismo que pretendieron, entre otras cosas, imponerse por el bien de los propios colonizados y aunque fuera contra su voluntad, un principio que, a mi entender, ni siquiera pierde validez en el caso de la India. Estados Unidos, en la actualidad, tiene tan poco que ver con el Reino Unido como Latinoamérica con España, sólo el vínculo del idioma se mantiene. Pero los descendientes de unos y otros vuelven a encontrarse en esa sociedad multirracial en que se ha convertido Estados Unidos, especialmente en los estados que antaño fueron colonias españolas y que si entonces parecían ser los menos aptos para la vida del hombre –desiertos y pantanos–, los cambios introducidos por el desarrollo en las formas de vida han transformado en los más apetecidos. Guiado por mi primo Agustín, nacido en Cuba y de nacionalidad norteamericana, tengo ocasión de comprobar en los locales de la HBS, una emisora privada de televisión, algunos aspectos de esa nueva realidad bilingüe: todos los que ahí trabajan, norteamericanos de la primera generación, se expresan indistintamente en inglés y español, un dominio que no les proporciona más que ventajas y que hasta la fecha no se había dado entre los descendientes de emigrantes de otras procedencias, que, o se integraban, o se recluían en su *China Town*. Su comportamiento, abierto, activo, eficaz, me hace pensar en el de los pocos chicanos que he conocido en California, también norteamericanos de la primer generación; a su actitud ante la vida, la más opuesta que cabe imaginar al mundo de la *mordida*. Hoy, la eterna primera pregunta que un norteamericano dirige a otro cuando se encuentran en cualquier rincón de este inmenso país –*¿de dónde eres?*– carece casi de sentido, ¿qué importa ya?



En el aeropuerto de Miami, en compañía del primo Agustín, última tentativa de esclarecer lo sucedido con mi gabardina. Luego, última copa. Agustín me acompaña hasta la misma puerta de embarque. El aspecto general del pasaje es sensiblemente distinto al que predominaba en los vuelos precedentes. Eso sí: sentado un par de filas adelante, un comerciante hindú, con su esposa. No se ven, en cambio, japoneses; Miami les queda demasiado lejos para que vengan aquí como no sea en viaje de negocios. Tendré que llegar a Madrid para encontrármelos otra vez en grupo.

Albert Hoffman nació en 1906 en la ciudad suiza de Baden. Tiene 81 años, pero aparenta no haber llegado ni a la edad de la jubilación. Estudió química en la universidad de Zurich, y en 1929 entró a trabajar en los laboratorios

ALBERT HOFFMAN

EL PADRE DEL LSD

Sandoz de Basilea. En 1943, mientras trabajaba en su laboratorio, sin saber por qué, empezó a sentir una sensación extraña. "Estaba en otra realidad, los colores cambiaban...", sin querer había ingerido la sustancia con la que estaba trabajando, la dietilamida del ácido lisérgico, más conocida como LSD.

EL PAIS
de Madrid

''En realidad, la primera vez que sinteticé la LSD fue en 1938. En aquel momento, Sandoz estaba interesada en los principios activos de las plantas medicinales, y yo trabajaba con el cornezuelo del centeno, un hongo parasitario que crece en el centeno y que contiene muchísimos tipos de sustancias químicas. Es el que produjo la peste negra y también lo usaban las comadronas para parar las hemorragias después del parto. Uno de entre los muchos alcaloides que contiene afecta al útero de la mujer, produce contracciones y se usa hoy día, sintetizado, para parar la hemorragia posparto.

''Nosotros queríamos aislar los principios activos de este hongo para poder aplicar luego la dosis exacta, y yo conseguí producir uno de esos alcaloides, al que llamamos Methergin, y que sigue usándose ahora rutinariamente en los hospitales. Fue mi primera síntesis en laboratorio. Pero para producir este compuesto debíamos conseguir ácido lisérgico, que es el núcleo común de todos estos alcaloides del cornezuelo. Desarrollamos un procedimiento para producirlo sintéticamente, lo que nos permitía conseguir cualquier derivado del ácido lisérgico.

''Fue entonces cuando produje dietilamida del ácido lisérgico, es decir, LSD. En realidad yo estaba intentando conseguir un analéptico, es decir, una sustancia estimulante del sistema circulatorio. Se probó en animales y no funcionó. La empresa consideró que la LSD no estimulaba el sistema circulatorio, y fue abandonado. Ya no se hicieron más pruebas hasta que en 1943 volví a hacer la síntesis y conseguí de nuevo la dietilamida del ácido lisérgico.

''Estaba en mi laboratorio y empecé a sentirme de una manera extraña, ciertamente extraña. No había tomado nada, imagino que algo debió quedar en mis dedos. De pronto, me encontré en otra realidad, sentía algo extraño, los colores habían cambiado, la habitación había cambiado, mi humor había cambiado, y tenía la impresión de que mi propia personalidad había cambiado, y al cerrar los ojos empecé a tener bellísimas fantasías, imágenes...''.

''¿Fue un buen viaje?''

''Sí, por supuesto, pero no sabía a qué se debía, y sospeché que podría ser la LSD con la que había estado trabajando, por lo que decidí hacer un experimento. Tomé un cuarto de miligramo de esa sustancia, una cantidad mínima, realmente muy pequeña; de hecho, no hay ningún preparado que produzca ningún efecto con un cuarto de miligramo. Incluso tuve la idea de aumentar la dosis, pero preferí ser prudente.

''Resultó que era cinco veces la dosis debida. La dosis normal es 0,05 miligramos, y yo, para mi primer viaje, había tomado cinco veces más. Fue una experiencia terrible, un mal viaje. Todo cambió, y tuve la sensación de que había abandonado mi cuerpo, estaba en el espacio y podía ver mi cuerpo allí, y pensé: tal vez te has vuelto loco, o a lo mejor ya estás muerto. Fue realmente terrible, porque seguía consciente de mi situación y de la realidad cotidiana al mismo tiempo.

''Después de cinco o seis horas volví de nuevo a la normalidad, y entonces realmente me lo pasé muy bien. Disfruté con la sensación de haber vuelto a nacer. Volver de un mundo muy extraño y encontrarme con el mundo cotidiano y familiar. Experimenté la belleza de nuestro mundo cotidiano, real. Todas esas cosas que uno no valora en estado normal me parecían bellísimas, me di cuenta de lo bonito que es nuestro mundo, y estaba realmente feliz. Y así fue como descubrí la LSD''.

Hoffman se dio cuenta en seguida de la importancia de su descubrimiento y de sus posibles aplicaciones en psiquiatría. Tras hacer un informe sobre su experiencia, la compañía Sandoz decidió distribuirlo entre médicos especializados, y a lo largo de los años cincuenta y sesenta aparecieron gran cantidad de estudios en el campo psiquiátrico.

''¿Estaba usted al corriente del surgimiento de la cultura de la droga, del uso que se estaba dando a su descubrimiento?''

''Por supuesto que estaba al corriente. Inmediatamente tuve problemas, porque estas sustancias, estas drogas, al igual que las drogas sagradas, tenían que usarse con gran cuidado. Así lo entendían los indios. Solo el *shaman* podía usarlo y tenía que estar preparado. Los indios creían que si uno ingería el hongo y no estaba *limpio*, se volvía loco o el hongo podía matarlo. Pero los *hippies*, y la gente en general, tomaban el LSD en cualquier lugar, en una discoteca, sin estar preparados en absoluto, y entonces pasó lo que los indios ya sabían, la gente se volvía loca, neurótica, acababa en hospitales, en clínicas psiquiátricas, y yo tuve problemas. 'Este ha descubierto una droga satánica', decían''.

Sin embargo, estos problemas no afectaron su trabajo. Hoffman siguió siendo el jefe del departamento de investigación farmacológica de Sandoz, pero las esperanzas que había puesto en las propiedades de la LSD en el campo psiquiátrico se desvanecieron. ''Sucedió lo que sucedió. Sandoz había distribuido LSD a muchos médicos e instituciones para experimentación, y tuvo que parar inmediatamente la distribución debido al abuso y mal uso que se había hecho de la LSD''.

''¿Qué sabe usted del uso que la CIA hizo de la LSD?''

''Sé que lo usaron; sí, la CIA. Se lo dieron a gente incluso sin que ésta lo supiera. Les interesaba como suero de la verdad, pero también como arma. A finales de los cincuenta, agentes militares del laboratorio de la Armada en Maryland vinieron a mi laboratorio a pedirme cómo se podrían conseguir grandes cantidades de LSD. No era posible, al menos en las cantidades que ellos querían; sólo podíamos producir tal vez algunos cientos de gramos. Es necesario partir del cornezuelo, y la Armada norteamericana estaba interesada en producir toneladas''.

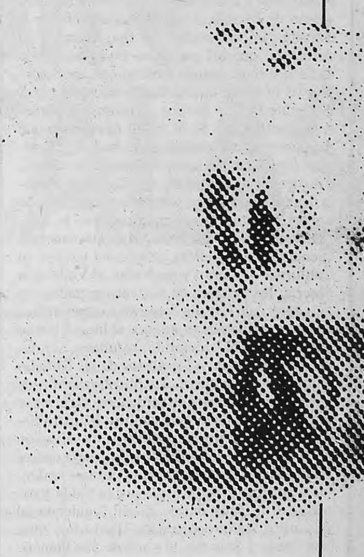
''¿Quiere usted decir que sigue siendo necesario partir del cornezuelo para obtener LSD?''

''Sí, pero hay que tener en cuenta que, al ser la dosis necesaria tan pequeña, se puede considerar que toda la droga que pueda haber en el mercado negro no son más que unos cientos de gramos. Hasta 1970 se podía comprar libremente ácido lisérgico a los laboratorios farmacéuticos y con ello producir LSD. En esa fecha se prohíbe la venta, pero los laboratorios clandestinos no tienen más que comprar algún compuesto que contenga ácido lisérgico, como el Methergin''.

''¿Conoció usted a Aldous Huxley y sus experiencias con drogas alucinógenas?''

''Le conocí en 1960, me llamó y me invitó a comer. Yo ya conocía su libro sobre la mescalina *Las puertas de la percepción*, que fue publicado en 1954. Cuando lo leí me dije: fantástico, describe maravillosamente la experiencia que tuve. La única diferencia es que necesitas una dosis 10.000 veces mayor de mescalina para conseguir los efectos. Científicamente esto es muy importante, porque significa que la LSD es mucho más específica.

''Volví a verle poco antes de su muerte, en 1963. Estaba escribiendo una novela, *La isla*, en la que hacía referencia a un tipo de droga, que era la LSD, para usarla antes de morir para



facilitar la transición. Cuando Huxley entró en el tramo final de su enfermedad, que era dolorosísima, y ya no podía hablar, escribió en un papel: 0,1 miligramo de LSD, y se lo dio a su mujer. Ella le dio una inyección con esa cantidad de LSD y murió. Su mujer me envió una copia de este papel''.

''¿Sigue usted tomando LSD?''

''Oh, tomaba, pero no, ya no tomo; creo que la última vez que tomé fue en 1972. La gente me pregunta: '¿Por qué no lo usa usted?', y yo les contesto: 'Porque ya entendí el mensaje de la LSD, no considero necesario que me lo repita'. Mi mente ya está abierta, no necesito abrirla de nuevo''.

